

vos á las libres determinaciones, tanto de la voluntad de Dios como de la voluntad de criaturas no existentes, y que no debian venir al mundo sino muchos siglos despues; un encadenamiento cuyos numerosos eslabones fueron completados cerca de quinientos años antes de la venida del Hijo de Maria; un encadenamiento, en fin, enlazado, y enlazado lógicamente con otros hechos divinos cuya certeza hemos demostrado ya. ¿Qué hombre, pues, que se respete á sí mismo, se atreverá á hablar aquí de *presentimiento*, de *lucidez*, de *prevision magnéticos*?

Pero todavía se insiste y se dice: Esa armonía tan maravillosa de las profecias y de la historia, ¿no ha podido deberse á una combinacion artistica de frases extraidas de los diferentes profetas?—No por cierto: léase todo el capítulo XLIX, todo el capítulo LIII de Isaias (1), y el capítulo IX de Daniel. Además, las frases que hemos citado se hallan desprendidas por sí mismas; forman pasajes considerables, y tienen de suyo un sentido completo y de tal modo aplicable al Mesías, que, haciendo aplicacion de ellas al mismo, son razonables y claras, y entendiéndolas de otro modo dejan de serlo. Por lo demás, aun cuando así no fuera, no por eso sería menos notable la concordancia de las profecias y de la historia.

Un escultor hizo exactamente todas las partes de una misma estatua, y en seguida las separó hábilmente, dispersándolas. Esas partes fueron halladas y reunidas, y la estatua quedó formada por sí misma: esto era muy sencillo, y así tenia que suceder. Pero varios escultores estatuarios, pertenecientes á diversos siglos, y sin que ninguno ajustara su obra á la de otro, hicieron, poniendo

(1) Ese capítulo LIII de Isaias que pinta á Jesús con tanta verdad, refuta suficientemente por sí mismo á los que han querido aplicarlo á Oseas, á Jeremías, al mismo Isaias, al pueblo judío oprimido por los gentiles á la parte fiel de este pueblo. Basta para convencerse de ello leer con atencion sus doce versículos y hacer en seguida la aplicacion enunciada, sin quitarles nada de su significacion natural y razonable.

uno un brazo, otro una mano, otro la cabeza, los diferentes miembros de un cuerpo humano. Mucho tiempo despues de la muerte del último, se reunieron todas esas obras parciales, y sin añadir ni quitar nada á ellas, quedó la estatua perfecta, una, como la obra premeditada y trabajada con esmero por un solo artista: además resultó que esa estatua representaba, con la exactitud mas minuciosa, á un héroe contemporáneo, en su cuerpo, en su aire, en todas las facciones de su rostro y en todas las cualidades físicas de su persona. ¿Es esto natural? ¿Debia ni podia ser?... No, y hasta tal punto, que puede apostarse lo infinito contra uno que no sucedió así. Luego, aun cuando todo el cuadro de Jesucristo no fuese mas que un tejido de pasajes aislados, todavía podia apostarse lo infinito contra uno que la perfeccion de la semejanza no es efecto del arte en la coordinacion de esos mismos pasajes, y que ha intervenido, en los autores que los escribieron á tan larga distancia de los sucesos, la influencia dominadora de la ciencia divina que hizo inclinar la pluma de cada profeta hácia la unidad de ese retrato, verdadera reproduccion de la naturaleza. Ahora bien, *el poderse apostar lo infinito contra uno*, prueba aquí incontestablemente el milagro de la ciencia divina, como, por confesion del mismo Rousseau, prueba la imposibilidad de la produccion del orden físico del mundo por el acaso, y la existencia de un Dios ordenador supremo (1).

Y siendo tales el conjunto, la claridad de las profecias realizadas en la persona de Jesús, y la necesidad lógica del milagro de la ciencia divina que resulta de esa realizacion, ¿cómo vosotros, judios antiguos, contemporáneos de ese mismo Jesús, y vosotros, descendientes suyos hasta nuestros dias, habeis podido y podeis desconocer en él al *Enviado*, objeto de todas vuestras aspiraciones?

¿Teniais y teneis aun en vuestras manos esas profecias

(1) *Emilio*, lib. IV.

que acabamos de exponer, y las mirábais y miráis aun como auténticas?

Sí.

¿Las aplicábais (vosotros al menos, judíos antiguos, que os atenais al sentido transmitido por vuestros antepasados), las aplicábais casi todas, y especialmente las mas importantes al Mesías, como nosotros?

Sí: nuestras antiguas *Paráfrasis*, nuestros comentarios antiguos, expresion escrita de las tradiciones nacionales, lo atestiguan (1).

¿Por qué, pues, habeis rehusado dar crédito al Hijo de Maria?...

¡Ay! no aguardemos de ellos la respuesta: estaba predicho que serian incrédulos, y por lo mismo que el espíritu y el corazon del hombre son dos *abismos que se anan de concierto* (2) para rechazar la verdad, hicieron prodigios de voluntaria ceguedad y obstinacion, cuya herencia ha pasado á sus hijos con la de un castigo único en el mundo. Y al cumplir así lo que las profecias habian anunciado relativamente á su incredulidad y á su reprobacion, han puesto y ponen el último sello á la evidencia del milagro de la ciencia divina en favor del cristianismo. Miradlos con una venda de hierro sobre los ojos: en una mano tienen abierto el libro sagrado, y con la otra nos muestran continuamente las páginas de Daniel, de Isaías, de Oseas, de David, de Moisés, y no ven lo que ven todos los pueblos cristianos, esas mismas manos teñidas en una sangre que no se asemeja á ninguna otra de la tierra: es la sangre misma que sus antepasados, ante el pretorio romano, llamaron en otro tiempo á grandes gritos *sobre su cabeza y sobre la cabeza de sus hijos* (3).

(1) *Diccionario teológico de Bergier*, artículo *Paráfrasis*.

(2) Salmo XLI, 8.

(3) San Mateo XXVII, 25.—Ya se ha visto que Isaías habia anunciado que por su incredulidad harían los judíos del Mesías como *una piedra de escándalo contra la cual chocarian y se destrozarian*, y que Daniel habia profetizado claramente su atentado contra el Mesías, y su castigo. Oseas

Desventurado pueblo, errante en el universo, en el que en ninguna parte puedes plantar una bandera ni erigir un altar para tus sacrificios, deten, si es posible, deten por un momento la marcha incésante de tu suplicio, y dínos *qué es lo que ha cubierto tu camino de tinieblas*; dínos el nombre de ese *ángel vengador* que habia visto David, y *que te arroja sin piedad lejos de tu patria* (1).... Dínos por qué has recibido y bebido el cáliz de la humillacion de todas las manos que te lo han presentado; por qué todos los pueblos con quienes has tropezado te han mandado como amos: «*Inclínate, échate á tierra, porque queremos pasar por encima de tu cuerpo* (2)»; y por qué has obedecido de esa suerte á todos los pueblos: dínos qué ha sido del escudo de la proteccion de tu Dios; habla; ¿qué has hecho de él?... Nada nos contesta.... ¡Ah! pues reconoce la voz de tu hermano segundo en la voz del pueblo cristiano: él te compadece, te llama, te tiende los brazos para comunicarte la verdad que posee; ven, abracémonos; es Jacob, que tiende sus brazos á Esaú.... El pueblo judío aparta los oídos; nos maldice.... luego parece como que sacude su cabeza, esa cabeza encorvada bajo el peso de diez y ocho siglos de destierro, ignominias y sufrimientos; su pecho se dilata, se hincha.... ¡ay! ¡si pudiese llorar! ¡si

habia dicho tambien: «Los hijos de Israel estarán por muchos dias sin rey y sin príncipe, sin sacrificios y sin altares,» añadiendo para el fin de los tiempos: «Ellos vendrán y buscarán al Señor su Dios, y á David su rey, y recibirán con religioso espanto el beneficio que Jehovah reserva para el último de los dias (III, 4, 5).» Y á ese deplorable estado de los judíos habia opuesto Malaquías, para hacer mas sensible la señal del dedo de Dios, la conversion de las naciones idólatras y la ofrenda á Dios de una víctima pura y sin mancha en todos los puntos de la tierra: «Mi amor no está en vosotros, y no recibiré ya ofrenda de vuestras manos, dice aquel profeta dirigiéndose en nombre del Señor al pueblo judío; pero desde el Oriente hasta el Occidente mi nombre es grande entre las naciones, y me hacen sacrificios en todas partes, y ofrecen á mi nombre una oblacion pura, porque mi nombre es grande entre los pueblos, dice el Señor de los ejércitos (1, 11).»

(1) Salmo XXIV, 5, 6.

(2) *Incurvare ut transeamus, et posuisti ut terram corpus tuum, et quasi viam transeuntibus* (Isaías, LI, 23).

podiera caer de su párpado una sola lágrima ardiente! Pero, ¡ay! el cielo le ha negado lágrimas, y así es que su rostro se contrae, sus labios se agitan, su boca se abre, no para exhalar arrepentimiento, sino para proferir blasfemias, y de lo íntimo de esa antigua conciencia deicida sale todavía en el siglo XIX ese grito infernal: *Reus est mortis* (1): *la sentencia de Jesucristo fué legal* (2).

¡O Dios! ¡que ese grito de desesperación no retarde la hora de gracia y de conmiseración! ¡apresurad, apresurad mas bien la marcha de los acontecimientos que deben traerla, y que entre tanto vuestros fieles creyentes os glorifiquen, porque haceis servir tan admirablemente para el esplendor de la verdad, la incredulidad obstinada de ese pueblo disperso siempre y siempre vivo para dar el testimonio mas auténtico á vuestras profecías! ¡Que los adversarios de nuestra santa religion, despojándose de sus prevenciones, reconozcan al fin con el profundo pensador Pascal, que la realización de esas profecías es un milagro que subsiste hace cerca de dos mil años, y cuya incontable garantía se halla en las manos mas desinteresadas, mas hostiles y mas fieles, como un faro destinado á llevar la luz á los ojos que *quieran* ver la verdad del cristianismo (3)!

(1) San Mateo, XXVI, 66.

(2) Eso es lo que pretende Mr. Salvador en su *Historia de las instituciones de Moisés*, etc., en el capítulo intitulado: *Juicio y sentencia de Jesús*. Mr. Dupin, el mayor, ha refutado perfectamente al filósofo judío en su opúsculo *Jesús ante Caifás y Pilatos*. (Véanse las *Demostraciones evangélicas* publicadas por Mr. Migne, tomo XV).

(3) Únicamente los ateos explican los judíos. La naturaleza demuestra tan claramente á Dios como la Escritura á Jesucristo; y sin embargo, hay espíritus que se ciegan hasta negar á Dios. *Los judíos son los ateos de la redención*, ha dicho muy bien M. de Genoude (*Biblia traducida*, etc.: nota al versículo VIII del cap. II de Aggeo).

CAPITULO VIII.

DEMOSTRACION DE LA VERDAD RELIGIOSA EN EL CRISTIANISMO POR EL SOLO HECHO DE SU ESTABLECIMIENTO.

Jesucristo habia dicho: «Cuando yo haya sido crucificado, atraeré á mi todas las cosas (1).» ¡Frase estraña, frase insensata bajo el punto de vista humano, preciso es convenir en ello!... Figurémonos si no, que viene un hombre á decirnos con la mayor serenidad: «Cuando yo haya sido ajusticiado como el mas vil de los malhechores, me adorarán en todo el universo;» ¡con qué carcajadas, con qué profunda lástima acogeríamos semejante anuncio! Pero si realizado el hecho del suplicio, viésemos con nuestros propios ojos cumplirse igualmente el otro hecho, sin ninguna causa humana, ¿no es cierto que esclamaríamos al punto con el profeta: *Esa es la obra de Dios* (2)? ¡Con cuánto mas motivo experimentaremos esa irresistible convicción cuando hayamos reconocido por medio de una discusión profunda que el cristianismo no ha tenido para establecerse ningun medio humano, y que ha tenido en contra suya todo cuanto podia impedirle humanamente que se estableciese en el mundo!

Que el cristianismo no ha tenido para establecerse, ni la fuerza de las armas, ni el poder de los reyes, ni la influencia de la fortuna, es cosa que nadie ha puesto en duda.

(1) San Juan, XII, 32.

(2) *A Domino factum est istud* (salmo CXVII, 32).